"Una reinvención del mito del vampiro."

Jon Courtenay
GRIMWOOD

La Espada maldita

RUNAS
Ciencia ficción y fantasía

LA ESPADA MALDITA

JON COURTENAY GRIMWOOD

Traducción de Dimitri Fernández Bobrovski

ALIANZA EDITORIAL

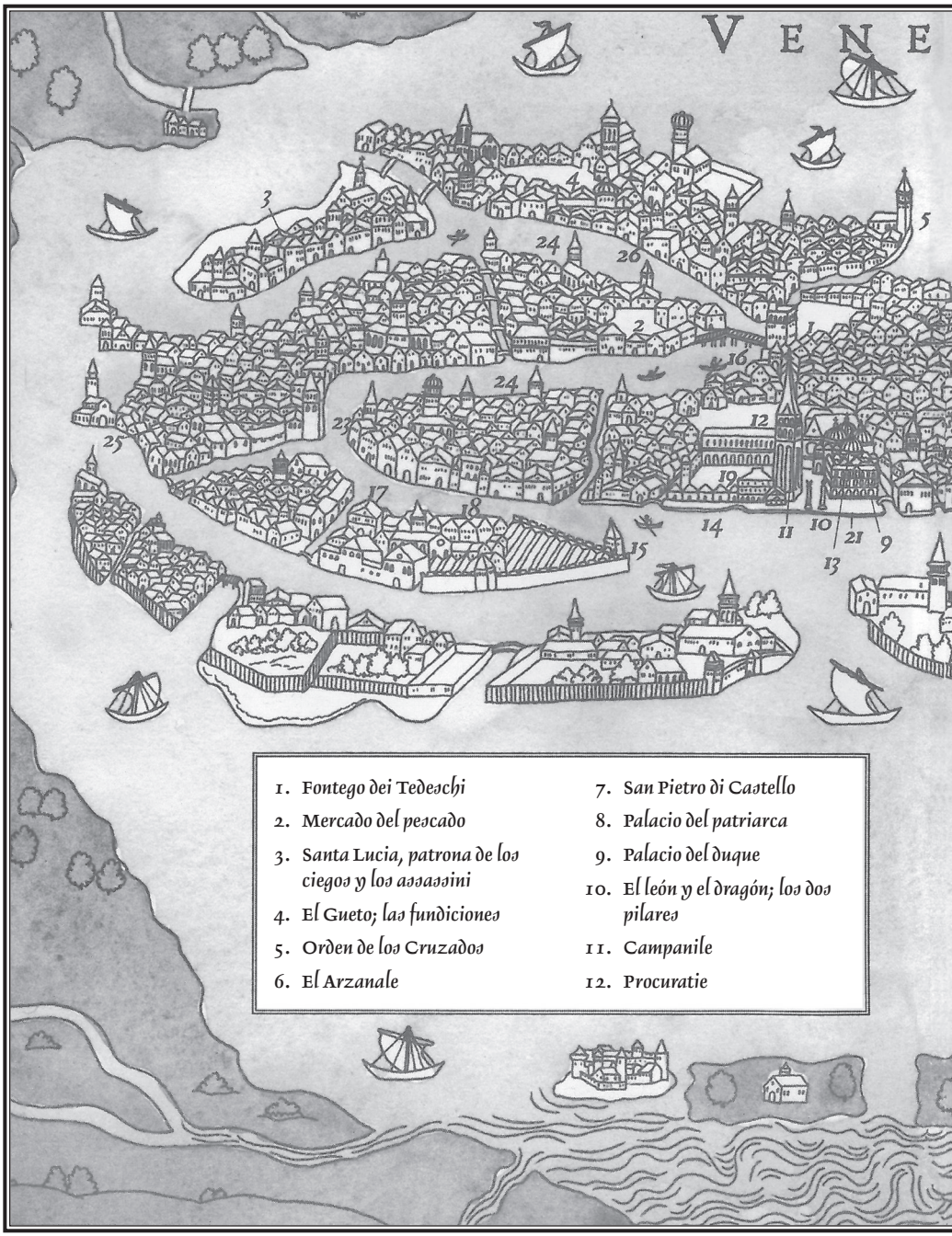
Título original: *The Fallen Blade*
Publicado por primera vez en Gran Bretaña en 2011 por Orbit

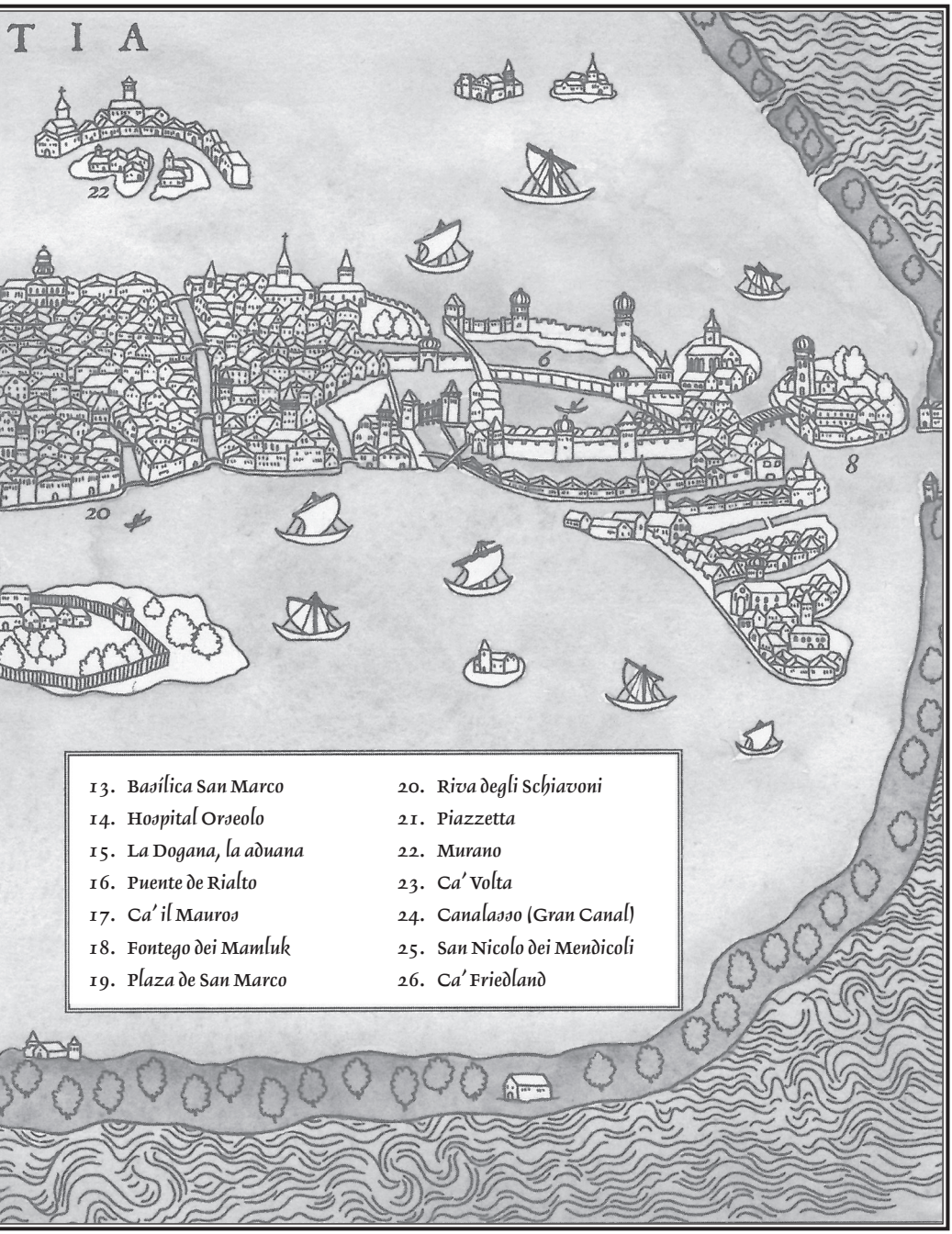
Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2011 by JohnCGlimited
© de la traducción: Dimitri Fernández Bobrovski, 2012
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2012
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15;
28027 Madrid; teléfono 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-0986-7
Depósito legal: M. 34.961-2012
Printed in Spain

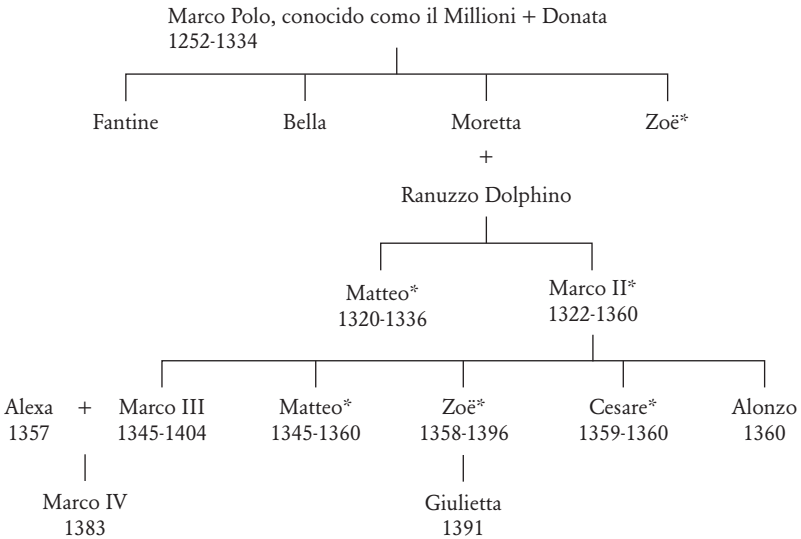
SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:
alianzaeditorial@anaya.es

Para Sam,
que encontró Venecia más extraña
de lo que había imaginado...


VENE
1. Fontego dei Tedeschi
2. Mercado del pescado
3. Santa Lucia, patrona de los ciegos y los assassini
4. El Gueto; las fundiciones
5. Orden de los Cruzados
6. El Arzanale
7. San Pietro di Castello
8. Palacio del patriarca
9. Palacio del duque
10. El león y el dragón; los dos pilares
11. Campanile
12. Procuratie


T I A
22
6
8
20
13. Basilica San Marco
14. Hospital Orseolo
15. La Dogana, la aduana
16. Puente de Rialto
17. Ca' il Mauros
18. Fontego dei Mamluk
19. Plaza de San Marco
20. Riva degli Schiavoni
21. Piazzetta
22. Murano
23. Ca' Volta
24. Canalasso (Gran Canal)
25. San Nicolo dei Mendicoli
26. Ca' Friedland

Árbol genealógico de los Millioni



* Asesinado

Primera República
1336-1348

Segunda República
1360-1362

Dramatis Personae

Tycho – un chico de diecisiete años de edad, poseído por unos apetitos extraños.

Los Millioni

Marco IV – conocido como Marco el Simplón, duque de Venecia y Príncipe de la Serenissima.
Lady Giulietta di Millioni – prima de quince años de Marco IV.
Duquesa Alexa – viuda de Marco III, madre de Marco IV, cuñada del príncipe Alonzo.
Príncipe Alonzo – regente de Venecia.
Lady Eleanor – prima de Giulietta y su dama de compañía.
Marco III – conocido como Marco el Justo. El llorado duque de Venecia, hermano mayor de Alonzo y padrino de lady Giulietta.

La corte de Venecia

Atilo il Mauros – ex almirante del mar Mediterráneo, asesor de Marco III y jefe de los Assassini de Venecia.
Lord Bribanzo – miembro del Consejo de los Diez, el consejo interno que gobierna Venecia bajo el mandato del duque. Uno de los hombres más ricos de la ciudad.

Lady Desdaio Bribanzo – su hija y única heredera.
Sir Richard Glanville – embajador de Chipre en Venecia y caballero de la Orden de los Cruzados Blancos.
Príncipe Leopold zum Bas Friedland – hijo bastardo del emperador germano. Líder secreto de los krieghund.
Patriarca Teodoro – arzobispo de Venecia y amigo de Atilo il Mauros.
Doctor Hightown Cuervo – alquimista, astrólogo y anatomista del duque.
A'rial – *stregoi* (la bruja mascota) de la duquesa Alexa.

La Casa de Atilo

Iacopo – siervo de Atilo y miembro de los Assassini.
Amelia – esclava nubia y miembro de los Assassini.

La Aduana (Dogana)

Roderigo – capitán de la Dogana, sin un centavo, ya que se niega a aceptar sobornos.
Temujin – su sargento medio mongol.

Ladrones callejeros

Josh – de quince años de edad, líder de la banda.
Rosalyn – su compañera de trece años.
Pietro – hermano menor de Rosalyn.

PRIMERA PARTE

«...qué infierno de brujería se esconde
en el pequeño orbe de una única lágrima...»

La queja de un amante,
WILLIAM SHAKESPEARE

1

Venecia, martes 4 de enero de 1407

El muchacho colgaba desnudo de una pared de madera a la que estaba encadenado por una de las muñecas y los dos tobillos. Había luchado durante días para liberar su mano izquierda. Se había abrasado la piel con los grilletes al rojo vivo mientras pugnaba por liberar los dedos. La lucha le había dejado agotado y tenía que reconocer que no estaba mejor que antes.

—Ayudadme —suplicó—. Haré todo lo que me pidáis.

Los dioses permanecían en silencio.

—Os lo juro. Mi vida es vuestra.

Pero su vida era de ellos de todos modos; incluso aquí en este espacio cerrado, donde los pulmones dolían a cada bocanada y el aire se volvía cada vez más agrio y amargo. Los dioses lo habían abandonado dejándolo en manos de la muerte.

Le hubiera ayudado poder recordar sus nombres.

Había días en los que dudaba si existían realmente. Pero, en caso de que existieran, no parecía que él les importara. La rabia que, al principio, sintió por su destino se había convertido en amargura y desesperación, pero luego, al surgir una falsa esperanza, la rabia revivió. Tal vez se había olvidado de alguna emoción, pero había pasado por todas las que conocía.

Tiró de la muñeca y volvió a sentir que su carne se abrasaba.

Cualquiera que fuera la magia que habían utilizado sus captores, era más fuerte que su voluntad de ser libre. Las cadenas con las que

lo ataron eran nuevas y estaban firmemente clavadas a la pared. Cada vez que agarraba una cadena para tirar de ella, sus dedos se le quemaban como si un torturador le aplicara hierros al rojo vivo en la piel.

—Bondadosos dioses —susurró.

Como si halagando a los inmortales pudiera hacerles olvidar los insultos que había proferido antes.

Había insultado y maldecido a sus dioses, pidiendo ayuda a los demonios. Suplicando el auxilio de cualquier ser humano que estuviera escuchando sus gritos de desesperación. Una parte de él quería volver a gritar. Simplemente por el alivio que traía. Sólo que su garganta llevaba días destrozada por los gritos. Además, ¿quién vendría a su pequeña y grotesca celda sin puertas? Y si lo hiciera, ¿cómo entraría?

Asesinato. Violación. Traición...

¿Qué otro crimen merecía el castigo de ser emparedado vivo?

Su crimen era un misterio para él. ¿Qué sentido tenía castigar al prisionero si no podía recordar lo que había hecho? El chico no se acordaba ni de su nombre. No recordaba por qué estaba encerrado en ese espacio poco más grande que un ataúd. Ni siquiera se acordaba de quien le metió allí.

El suelo estaba cubierto por una capa de tierra salpicada con sus propios excrementos.

Habían pasado días desde que sintió la necesidad de orinar por última vez y sus labios estaban agrietados como barro seco en las zonas en las que había intentado lamerlos. Necesitaba dormir casi tan desesperadamente como estar libre, pero cada vez que caía en el sopor, los grilletes empezaban a abrasarle y el dolor lo despertaba de golpe de nuevo. Había hecho algo malo. Algo muy malo. Tan malo que ni siquiera la muerte quería abrazarlo.

Si tan sólo pudiera recordar el qué.

Tienes un nombre. ¿Cuál es?

Al igual que la esperanza y la libertad, también esto quedaba fuera de su alcance. En las horas que siguieron, el muchacho permaneció en un estado febril. A veces recuperaba la lucidez, pero la mayor parte del tiempo habitaba una tierra abrasada dentro de su propia cabeza, donde tendrían que haber estado sus recuerdos.

Todo lo que veía allí eran sombras que se apartaban de él y voces que no podía escuchar con claridad.

Presta atención, se dijo. *Escucha*.

Y así lo hizo. Lo que escuchó fueron unas voces que procedían del otro lado de las paredes de madera. A juzgar por el sonido había mucha gente congregada. Estaban discutiendo. Y, a pesar de que el sonido que le llegaba era poco más que un susurro, se dio cuenta de que hablaban un idioma desconocido para él. Una voz gritó una orden, otra protestó. Entonces, algo se estrelló contra la pared justo en frente de él.

Sonó como un hacha o un martillo.

El segundo golpe fue aún más fuerte. Luego vino un tercero. Su mundo de madera se hizo añicos al mismo tiempo que el aire fresco se precipitaba dentro de su celda y expulsaba el fétido. La luz que entraba a través de la estrecha abertura era cegadora. Como si los dioses, después de todo, le hubieran escuchado.